

El uno era de nácar, incrustado de oro, con país de raso blanco, país de muy benigno clima á juzgar por lo ligeras de ropa que por él andaban dos ó tres damas coronada la frente de flores; en el país antípoda de éste merendaban en un jardín otras señoras, ya vestidas, y varios caballeros de la época de Luis XV.

El otro abanico doblaba al primero el tamaño: parecía un bastón-abanico; era de madera, y tenía un canene de metal pegado en cada una de las varillas-madres; en una de las telas hacía nuecas un clown que simulaba haberla roto para asomar por allí la cara; el reverso no estaba pintado y era de un color más oscuro.

Al entrar una noche este último, de vuelta de un concierto-baile del Sardinero, en el armario donde ambos tenían su habitación, entablóse entre ellos la plática siguiente:

—¡Gracias á Dios!... El sabe que ya pensé no llegar vivo á casa.

—Creo que se te sale una varilla.

—Cualquiera cosa se me saldrá, porque esta no es vida... ¡Ay, mi viejo amigo, yo no puedo más!

—¿Quieres que se llame á Capellán?

—No; voy á ver si descanso un poco, que es lo que ahora me hace falta... ¿Tu sabes lo que yo me he movido hoy?

—Para eso estás de moda...

—A las ocho fui á misa con Adela. Te advierto que en el sitio en que nos pusimos, cerca de la puerta, porque ya era algo tarde, corría un gris de todos los diablos; pues dale que le das al abanico... Señor, ¿por qué no han de dejarle á uno en paz cuando no hace calor?... A las once ya estábamos en la feria.

Allí se le acercó al ama un galancete que le empezó á decir no sé que curserías: ella se hacía la ruborosa, y yo creí llegado mi último instante... ¡Aquello no era abanicarse, era deshacerme vivo! Al fin el caballero pareció compadecerse de mí, y me tomó en sus manos...

—¡Féísima costumbre, traída por los vientos modernos!...

—Cuando volvimos á casa—prosiguió el abanico barato—supe que Adela no iba á los toros, y respiré... Pero ¡ay! que es inútil oponerse al destino! ¿Quién te dice que á su hermana Amparo se le ocurre descubrir que yo doy mejor aire que su abanico?... Amparo va á los toros. ¿Vas comprendiendo toda la extensión de mi desgracia?... Á las cuatro y media entrábamos en la Plaza, donde me he pasado la tarde moviendo sin cesar la dichosa mantilla blanca... En vano quise dos ó tres veces hacerme el que tenía mal cierre: ¿quién ponía obstáculos á aquella mano movida á impulsos de la vanidad y la coquetería más violentas?... Pero no quiero aburrirte con la relación detallada de mis penas. Sabe únicamente que desde la Plaza fui al Casino, donde he abanicado á toda la goma del pueblo. Uno me cogía y otro me dejaba; algunos me chupaban...

—Pues, amigo, esa no es vida para llegar á viejo.

—Lo sé; mis días están contados.

—Vivirás lo que ese amor nacido á tu sombra: no más que hasta el otoño.

—Y ¿por qué esa injusticia de la suerte?

—¿Injusticia lo llamas? Pues ¿hasta cuándo pensabas vivir? ¿Quieres, por ventura, compararte conmigo?

—¿Por qué no?

—Calla, insensato. Y recuerda tu precio. Quien se da al primero que pasa, ¿qué firmeza puede exigir de su dueño? Se estima y se guarda sólo lo que cuesta alcanzar.

—¡Valga 36 reales!

—Dame licencia de que me rial... Además, que á ti, como á tantos otros seres, te ha perdido tu ambición, esa ansia desasosegada de agotar en un punto los gustos todos de la vida. ¿Cuál de ellos te queda por gozar?... Has querido mover á un tiempo todos los aires, y al fin darás con el viento que te lleve á ti para no volver.

—Tal vez tienes razón. Dime el secreto de tu longanidad.

—Es muy sencillo: yo no me divierto, pero vivo. En mis tiempos más felices, nunca fui de fiesta más de seis veces por año: las mismas que el ama—mi ama era abuela de la tuya—se ponía su vestido de bodas. Y mi aparición era saludada con un murmullo de admiración y de respeto... ¡Cualquier lechuguino podía haberse arrojado á darme vueltas, como á ti, suspendido de la borla!...

—Hoy, en cambio, nadie te hace caso.

—¿Se te figura á ti, D. Barato! ¿Acaso eres tú quien para abanicar un seno vestido de

seda? ¿Qué más quisiera esa chiquilla que te zarandea que poderme lucir este día en el baile del Círculo.

—¡Vestidos de seda! ¡qué cursi y qué antiguo te has quedado, amigo mío!...

—Sí, ya se que hoy hacéis de la necesidad elegancia. Si no dejan la ida por la venida, bien veo que es preciso vestir barato...

Así andan luégo las casas, y así andamos los que en otro tiempo éramos honra y gala de los que las vivían, tirados aquí en desorden y cada cosa, no por su lado, sino por el de la otra... ¡Un par de botas me tiraron ayer encima!

—Consuélate; vas á ir al Círculo. Dicen que vuelves á estar de moda.

—Algo me sospeché al ver ayer á Amparo coger de aquí encima unos mitones con quienes antaño viví yo en estrecha amistad...

Créeme que lo siento; no es la de ahora gente para abanicos como yo, ni mi reino es de esta época. Acostumbradas esas niñas á nuestro trato, ya sospecho que no sabrán cómo se lleva una prenda de calidad.

—Necio, ¿sabes tú lo que es ir en manos de cualquiera de ellas? ¿Cuándo soñaste que, viejo y todo, llegarás á merecer semejante dicha?... Mis días están contados; viviré no más que hasta el otoño; pero moriré feliz por haber perecido á tales manos. Moriré como la rosa que deshoja su dueña al volver del baile, y que aún besa y perfuma la mano que la mata...

—Veo que estás lleno de viento.

—Y ¿acaso es otro nuestro destino? Tú, en cambio, hace cuarenta años que no sabes de dónde sopla el aire.

—Porque jamás consentí en manchar mi pureza con el polvoroso y sucio de las calles, como tú haces.

—¡Ten esa lengua, aventador de invierno!

—¿De invierno? Piensa en las estaciones que han pasado por mí, y ve quién debe callar. Mientras que tú, ya lo sabes, vivirás lo que ese amor nacido á tu sombra.

—Y ¿qué me importa, si mi muerte será el principio de otra vida; si guardo entre mis pliegues la prenda de eterna memoria? Muerto al mundo y á sus placeres, yo sé que no he de ser con todo olvidado, y que mis despojos serán recogidos con más veneración que tus eternos primores... Con todos ellos y con tu precio exorbitante, tú vales cien veces menos que yo, porque en tu rico país se corre la tinta, como se borran los afectos generosos en el alma metalizada de muchos magnates.

—No entiendo esa algarabía.

—Pues mira, y muérete de vergüenza! —Y en llegando aquí, el abanico barato se dobló hasta la altura de su tercer varilla.

—¿De qué son esas manchas?

—¡Bárbaro!... ¡Son versos de Zorrilla!

CASA-AJENA.

UN CONCIERTO.

DIÁLOGOS MENUDOS.

—¿Va Vd. á hablar de música?

—Sí, señor.

—¡Mire Vd. que estamos de música hasta la cora nilla! ¡Qué horror! Creo que si me tocan sueno.

—Ciertamente; sería un horror que algunos toquen para que Vd. se suene. Una música no compensa la otra.

—Tenemos banda municipal por la mañana, banda militar por la tarde, banda municipal y militar por la noche. ¡Esto es música á pasto!

—Con lo cual no estará ninguno desbandado.

—No me importa eso ni un comino.

—Interesa al mejor aprovechamiento de los que pastan la música.

—Yo soy un ciudadano pacífico.

—No necesita Vd. decirlo. Demasiado sé que son mansos y de buena pasta los que toman pasto de música.

—¡Cuánta gente ha venido esta tarde al concierto! No se cabe en el salón. Los filarmónicos aumentan prodigiosamente.

—No se si la filarmonía progresa; lo que veo es que la armonía nos pone en fila. Hoy una silla cuesta un ojo de la cara.

—Así no podremos quedarnos vizcos al admirar este ramillete de niñas bonitas.

—Naturalmente; un tuerto no puede ser vizco.

—Alguna ventaja habían de tener los que no miran derecho.

—Micaela, no se burle Vd. de mi amor, de mi pasión, ni de mí.

—Calle Vd., Millán, que le van á oír mis amigas.

—Esta tarde está Vd. mitológica.

—Mire Vd. que estos misterios ni á mi misma me gustan.

—Mi-mi... misión no es mística ni mistificante.

—Este minuetto en en mi bemol creo que no está en el programa.

—La música me conmueve, y es porque la siento en el corazón.

—Ya se conoce que está Vd. sentado.

—¿Por qué?

—Porque si estuviera de pié la sentiría usted en los callos.

—¿Qué van á tocar ahora?

—Les noces de Figaro, overtura.—Mozart.

—¡Ah! sí, la apertura de las nueces de Figaro para almorzar.

—¡Hombre, eso se comerá con cascanees!

—¿Cómo con cascanees?

—Es la manera más cómoda de abrirlas.

—¡Cosas de los alemanes!

—O cosas tuyas, que es lo mismo.

—No por cierto, he traducido al pie de la letra el programa porque ya sé que no entiendes la lengua alemana.

—Excusas advertirlo. Cualquiera adivina que traduces con el pie las letras.

—¡Silencio! Van á tocar ahora una obra del maestro Marqués.

—¿Y ese maestro es marqués?

—Cuando menos es el marqués de los maestros.

—De modo que pertenece á la aristocracia.

—Sí, señora, pertenece á la mejor de las aristocracias, á la del talento.

—¿Cómo se llama la pieza?

—La primera lágrima

—¡Bonito título!

—Lindísimo; pero yo creo que la segunda lágrima es más sentimental que la primera, y mucho más la última. La primera se vierte cuando uno está en pañales y con una música que hace sentir á uno el no haber nacido sordo. La única primera lágrima que me agrada es la de Marqués, y en justo tributo al mérito debemos secarla al calor de los aplausos.

—¡Oh, qué aburrimiento! ¡Si se repiten todas las piezas, nunca acabará el concierto.

—¡Ojalá!

—Entonces jamás empezará el baile.

—La música hace olvidar el tiempo.

—A mí no me gusta más que la que tocan cuando bailo.

—¿No es verdad que son cristalinos los sonidos que una hábil mano saca del violín? ¡Es el rey de los instrumentos!

—¡Protesto contra eso: soy demócrata!

—No es posible complacer á Vd. diciendo que el violín es el presidente de la república de los instrumentos, porque una orquesta es una monarquía absoluta, regida por la tiranía de la batuta.

—No admito definiciones que no sean constitucionales.

—Las cosas de la música deben ser afinadas mejor que definidas.

—En punto á principios soy inexorable.

—Convengamos en que el violín es un valiente instrumento.

—Y ¿por qué le llana Vd. valiente?

—Porque su corazón es de tripas, y por lo tanto, hace de tripas oración.

—Sí, señor; se lo concedo á Vd., yo soy muy realista.

—¿Realista, y dice Vd. que es demócrata?

—¡Canario, no sea Vd. tan material!

—Lo cual no le impide á Vd. abusar de la escala.

—¿Qué te parece, chico, este scherzzo en sol menor?

—Algo frío.

—Mal gusto tienes.

—Sin embargo, me parece que un cierto en sol menor ha de ser un frío de invierno, que es cuando el sol está en meses menores.

—¡Sublime! ¡Mercadante no tiene desperdicio!

—Pues si no tiene desperdicio no podrán echar el resto los que ejecutan sus obras.

—Yo he oído hablar de ese Marco Dante.

¡Ah, sí! El Dante fué un músico famoso que compuso los cantos de la Divina comedia.

—Y V. está desarreglando el empedrado de la armonía para descalabrar á la historia.

—La música italiana es buena, muy buena; pero la alemana es mejor, mucho mejor. Aquella es pura poesía, la otra es la realidad en el arte. Y no obstante, se escriben fantasías sobre Wagner, como si posible fuera tamaño desatino.

—Claro, digo turbio, pondrían al pobre señor con tanta tinta encima.

—Las melodías recrean, más no instruyen. El porvenir de la música es la música del porvenir.

—Exactísimo; la lógica de Perogrullo es irrefutable.

—Quiero decir, que la música ha de ser positiva, no celestial, y descriptiva más que fantástica. Encauzada hoy por el verdadero camino, creo que ha de llegar un día en que se oompaga un andante en mi bemol sobre un banquete, que si se repite producirá una indigestión universal en el auditorio.

—Eso será en el supuesto de que no se componga de maestros de escuela, ni de cesantes con descuento, ni de viudas que han venido á menos.

—¡Todos los conciertos son á cual mejores!

—¿Todos? ¡Ah joven! ya se conoce que no ha tenido Vd. un concierto con sus aereodores, ni ha intervenido en uno de esos conciertos del *modus vivendi*.

—Me refería al que acabamos de oír.

—Concretados al particular, la aprobación es general.

—Terminado el concierto, nada más tengo que contar.

—¿Ha concluido Vd. su tarea de cronista?

—No me proponía serlo, como V. habrá notado.

—S, ya he visto que habla Vd. de un concierto sin concierto.

—La crítica es tan justa, que la admito, aunque me deja desconcertado.

NEAPOLIS.

ENTRE BASTIDORES.

LA GENTE DE FILA.

Bien se lo podemos llamar á todos los que no sean primeras actrices ó primeros actores, porque, á parte de unas cuantas notabilidades, ó emiencias, como se dice de telón adentro, que figuran á perpetuidad como graciosos, característicos y galanes jóvenes, la mayoría de los artistas cómicos se contratan cada temporada según las necesidades de la empresa que los utiliza y los ahogos del propio bolsillo. La actriz que el año pasado estuvo en Cadiz de característica no tendrá inconveniente, si la situación es apurada, en ir éste de dama joven á Badajoz, y no es raro, antes se ve con mucha frecuencia que el individuo de una compañía que en Burgos hizo los barbas y en Valladolid los graciosos, represente en Santander los primeros galanes ó los últimos racionistas. Ni el público ni las comedias ganan gran cosa con esta anarquía; pero en el teatro hay arte y hay industria, y se puede decir, parodiando la frase de Víctor Hugo, que esto mata á aquello.

Un actor parado, ó lo que es lo mismo, sin ocupación ni sueldo, es masa dispuesta á tomar en las manos del empresario la forma que éste guste: lo mismo hará de él un galán trágico que un segundo apunte. Porque sucede una cosa rarísima con la gente de teatro: las contrariedades suelen agriar los caracteres de casi todos los hombres, y sin embargo, dulcifican los de los cómicos, que cuando están contratados son, por regla general, insportables, pero que en sus días sin sol y sin pan pueden ser presentados en cualquiera parte como modelos de humildad, de cortesía y de educación. Y tanto y tan rápidamente cambia el mismo hombre en estas dos situaciones diversas de su vida, que una persona experta que encuentre y saludé todos los días en la calle á un cómico, solamente por la manera altiva ó humilde de dar los buenos días ó las buenas tardes, conocerá de seguro cuándo está contratado y cuándo no lo está.

De tal suerte influye la contrata en el ánimo del actor, que nada más que la esperanza de que le ofrezcan una, modifica sus pretensiones y pensamientos. Si en el momento en que lamentándose de su fortuna en una mesa del café Inglés asegura que, por salir de su

precaria situación, aceptaría cualquier cosa, acordarse para nada de sus méritos, por que lo primero es comer, y él y su familia ha de diez meses que no saben lo que es eso, entra un compañero y le anuncia que el empresario tal ó cual desea hablarle para Bilbao ó Málaga; se le verá repentinamente engallarse y envanecerse:—Pues si no reconozco mi categoría, que no cuente conmigo, porque precisamente los públicos de Málaga y Bilbao son los que mejor me conocen y los que más me han aplaudido.—Por supuesto que esto no pasa de ser una baladronada de la que no se acuerda jamás en presencia del empresario que quiere ajustarle, y que, á la postre, le ajusta como quiere.

La pasión dominante en el teatro es la envidia, mezclada con un poquito de vanidad porque estos dos pecados capitales se complementan, y como sucede en el mundo, en las clases inferiores es donde más claras se presentan las manifestaciones.

Mucho agrada al actor que le aplaudan pero le gusta más todavía que silben á sus compañeros; de modo que si el público le complace en ambos desesos, miel sobre hojuelas.

El primer actor de la compañía llama á todos los demás que la forman, mujeres y hombres sin excepción, racionistas. Y ya es hora de explicar esta palabra que he empleado varias veces y que ustedes no comprenderán acaso. Racionista es el actor que toda vía no tiene nombre, y cuya situación no se ha definido; el que sale de lacayo á anunciar que la señora está servida, y el que asiste á los bailes de las comedias en clase de convidado, con vestido de cola si es mujer, si es hombre con su fraque y su corbata blanca; meritorios con tres ó cuatro pesetas de sueldo que se consideran mejores artistas que sus jefes, teniendo muy buen cuidado de callarse. En cuanto á la palabra racionista, cuya etimología desconozco, es un dictado desprecioso; algo así como el de *pinche*, que se da ó se daba en Santander á los dependientes de comercio.

El primer actor dice con énfasis, recordando sus primeros pasos en la carrera teatral:—Cuando yo era racionista—del mismo modo que el acudalado banquero pretende probar su valer y suficiencia repitiendo á cada paso que ha sido pobre; pero de seguro no oírá nadie llamarse racionista á ninguno que le sea. Cuando se pregunta á uno de estos:—¿De qué está contratado Vd.?—invariablemente contestará:—De actor.—Y si el curioso insiste diciendo:—De actor, es claro; pero ¿qué clase de actor? ¿Galán, gracioso, barba?—No, de actor genérico.

Actor genérico es el que lo hace todo, con lo que está dicho que no sirve para nada.

Porque es también curiosa la manera de clasificar que hay en el teatro.

—¿De qué ha estado Vd. en Teruel? se le pregunta á Diaz, y responde:

—De otro primero.

Ahora averigüen Vds. lo que ha querido decir. Pero no, no se tomen Vds. esa molestia, que yo se lo explicaré. Antes había en las compañías teatrales primero y segundo galán; pues bueno, éste ha desaparecido *in nomine* y ahora se hace llamar *otro primero*. Como Vds. comprenden, el *otro* quiere significar y significa que hay uno, el cual uno es el verdadero primer actor y director en sus obras, que son ajenas, aunque él las llama suyas, sin duda porque las trata como propias, es decir, á zapatazos.

¡Y ya es tarea confeccionar la lista de una compañía!

Los que han de figurar en ella se disputan los primeros puestos como si se tratara de los de una terna de oposiciones. Muchas veces se descomponen un negocio teatral solamente por estos fiquis-miquis. La cuestión suscitada entre los dos primeros actores, de que habló en otro artículo, se va repitiendo sin cesar hasta que se ha escrito en el cartel el último nombre del último mono.

Luégo ninguno está contento con los papeles que le reparten los autores y el director. Hay un reñán entre bastidores que no es exacto, pero que pasa como tal, y que dice: «Con buen papel, no hay actor malo, por lo que todo bicho viviente quiere buen papel, y ya saben Vds. que para ellos, que los toman á peso, bueno es sinónimo de largo.

Y no hay actor que no juzgue la obra que va á estrenarse por la importancia del personaje que él representa. Así que el que le diga á Vd.:—¡Qué comedia más bonita estamos ensayanndo! ya sabe Vd. que tiene buen papel en ella, y que, por el contrario, el que asegure que van á reventar el juguete que se ha leído hoy, está muy descontento de la parte que toma en él.

De aquí las adulaciones de un lado al director de la compañía, y del otro á los autores más aplaudidos.

A éstos, sobre todo, no los dejan vivir.

—Cada noche gusta más la comedia de usted, D. Lucas!

—No, hombre, no tanto.

—Sí, señor, sí; y yo creo que si no le hubiera Vd. dado el papel de banquero á Fernández gustaría más.

—¿Por qué?

—Porque ¿cómo ha de parecer banquero un hombre que tiene esas trazas de aguador?

—¡Por Dios!

—¡Qué lástima! Y mire Vd., era un papel ése que yo sentía... A ver si en otra obra se acuerda de mí.

—Sí, hombre, sí, no faltaba más.

También hay actores de fila, y más generalmente actrices, protegidos por el empresario; esos invariablemente llevan sobre sí la odiosidad mal encubierta de todo el resto de la compañía.

Lo que dice la dama joven:—Esa Faustina nos avergüenza á todos; sale á escena muy elegante, y por eso gusta y la aplauden; yo ya sé como se tienen vestidos, mejores que los suyos, si á mano viene; pero como una es honrada...

Por supuesto, que á veces Faustina es honrada también lo mismo que una, sólo que tiene padres que la mantengan y no depende de su sueldo, que gasta entero en trapos y perfollos.

¡Ah! Entre los primeros actores y los racionistas hay una clase que ha pasado de los segundos y no ha llegado aún á los primeros, y que se llama *partes de por medio*.

Y este nombre sí que se explica bien, porque las actrices y los actores que le llevan son los que generalmente parten las obras por la mitad.

S. DE TRASMERA.

UN LIBRO NUEVO.

Entre las obras elementales de Agricultura, en las cuales en estos últimos tiempos han pretendido algunos publicistas españoles

desenvolver las teorías modernas de esta ciencia en provecho de nuestros labradores de los alumnos para quienes principalmente han sido escritas, ninguna, al menos de las varias que conocemos, responde á su objeto con mejor fortuna que la acabada de publicar, con el título de LECCIONES ELEMENTALES DE AGRICULTURA, por el ingeniero agrónomo y catedrático de este Instituto don Aurelio López Vidaur, en la que la sencillez y acierto en la exposición didáctica se encuentran hábilmente hermanadas con las necesidades sentidas en el campo de aplicación. Las principales ideas de la Agricultura moderna, expuestas con atinado método, son objeto de sus lecciones, que comprenden lo más importante y práctico, excluyendo toda investigación impropia de una obra elemental, si ella ha de ser de verdadera utilidad para aquellos á quienes va dirigida y á los que se facilita más y más su estudio con suficiente número de cuadros sinópticos, diestramente intercalados en el texto, que representan un concienzudo é impropio trabajo y gran caudal de conocimientos en su autor.

La AGRONOMÍA, primera parte de la obra, comprende la Fisiología vegetal agrícola, la Meteorología agrícola y la Agrología, en cada una de las cuales se condensan las leyes en cuya virtud se rigen las funciones, de los vegetales y las prácticas de ellas deducidas, los fenómenos atmosféricos y sus influencias sobre la vegetación, y el estudio del terreno considerado bajo el doble punto de vista de habitación de las plantas y depósito de materias para su nutrición. Los medios de modificar la acción del suelo y de la atmósfera, cuando no resulta conveniente al desarrollo normal de los vegetales, también se comprenden en esta primera parte, á la que sirven de necesario complemento.

Ocupase, después, de la MECÁNICA AGRÍCOLA, describiendo los instrumentos y aparatos destinados al cultivo, así como los motores más generalmente empleados.

En la FITOTECNIA sintetiza las exigencias de cada una de las plantas útiles, y deduce las reglas á que debe sujetarse su cultivo. Comprende la herbicultura y arboricultura, haciendo un especial y detenido estudio de los cereales, plantas forrajeras, olivo y vid.

Pero en la ZOOTECNIA ó INDUSTRIAS RURALES es, en nuestro concepto, donde más atinadamente y con mayor empeño demuestra el autor un concienzudo estudio, desarrollando las leyes modernas de la producción animal y de las que se derivan de la química.

En la primera, que divide en Zootecnia general y especial, se ocupa con la debida extensión de la cría, mejora y multiplicación de los animales domésticos, dando pruebas de una familiaridad envidiable con los profundos conocimientos vertidos en las obras maestras de Zootecnia que han immortalizado á Sanson, Baudement, Spencer, Backwell y otros. Los ganados caballar, asnal, mular, vacuno, lanar, cabrio y porcuno son objeto de la Zootecnia especial, en la que en unas lecciones se reseñan también, con la minuciosidad posible, la cría del conejo y aves de corral, y la explotación de los insectos gusano de seda, abeja y cochinita.

Demostando gran suma de conocimientos en química, desarrolla después los principios generales de las INDUSTRIAS RURALES, como fabricación de almidones, féculas, azúcares, vinos, alcohol, vinagre, aceites y preparación de fibras textiles, así como de las industrias zoógenas, fabricación de mantecas y quesos. De todas estas industrias se ocupa con suficiente detalle para comprender las transformaciones que sufren las primeras materias obtenidas por el agricultor; pero muy principalmente se detiene á exponer gran número de observaciones prácticas en la fabricación de vinos y elaboración de aceites, atendiendo á la importancia suma de estas industrias en España. Las observaciones de Maumené y Pasteur, en la primera, y las muy atinadas del distinguido catedrático del Instituto Agrícola de Alfonso XII, D. Diego Pequeño, en la segunda, han servido, entre otras, al Sr. López Vidaur para condensar en breves lecciones las de más interés y autoridad; y si en tal elección, como fuente de conocimiento, ha procedido acertadamente, con no menos tino ha empleado el necesario tecnicismo de la química, haciendo de fácil comprensión hasta el concepto más científico. También al tratar de la fabricación de mantecas y quesos, hace oportunas observaciones muy de tenerse en cuenta en esta provincia, naturalmente dispuesta á estas industrias.

Y por último, después de exponer algunos principios generales de gran importancia, que atañen á las CONSTRUCCIONES RURALES, termina la obra con la ECONOMÍA RURAL Y CONTABILIDAD AGRÍCOLA, las cuales por su virtualidad son siempre indispensables factores de toda explotación bien organizada, si sus productos han de ser garantidos por la verdadera utilidad, como palmariamente lo tienen demostrado los conocidos publicistas é insignes agrónomos Londet, Lecouteux y Granges de Raney, en quienes con acertada elección se ha inspirado al tratar estas materias.

El Sr. López Vidaur, que al publicar en 1884 su *Apuntes de economía rural* mereció adquirirse buen número de ejemplares la Excm. Diputación de esta provincia, por honroso sentimiento de gratitud dedicale ahora tan interesante obra, con cuyas impresiones, recogidas en la primera lectura, hemos trazado este ligero esbozo, el cual, si bien no tan acabado como la importancia del texto merece, —de lo que con sentimiento nos vemos privados por nuestras habituales tareas periodísticas,—creemos que será suficiente para que los lectores de EL ATLÁNTICO puedan apreciar la verdadera utilidad del libro. Por ello nosotros no vacilamos en recomendar su adquisición á cuantos estén interesados en cualquier explotación agrícola, así como tampoco en tributar los más sinceros plácemes al señor López Vidaur; pues estas publicaciones, siempre útiles, son además necesarias en nuestro país, en el que, más que en ningún otro, urge asentar con hechos á estas sentenciosas palabras del inmortal Jovellanos en su famoso *Informe de ley agraria*: «No hay duda que la industria y el comercio abren muchos y copiosos manantiales á la riqueza, ya individual, ya pública; pero estos manantiales se derivan de aquel origen (la AGRICULTURA), se alimentan de él y son dependientes de su curso.»

PEDRO ZALDIEJA DE SAJA.

CINCUENTA MILLAS POR HORA.

En una reunión celebrada recientemente en Londres por una sociedad de ingenieros, fué leído por Mr. Hurst un escrito explicando, entre otras cosas, la fuerza necesaria para obtener una velocidad de 40 nudos en buques de vapor.

Mr. Hurst explicó cómo la fuerza que era menester introducir en vapores de construcción ligera, con el fin de conseguir una velocidad determinada, no podía definirse por el antiguo método de calcular la resistencia como proporcional á la sección del centro del buque, sino que habría de ser computada por el principio de Reech, tomando la velocidad actual y proporciones de un barco torpedero de primera clase como base de comparación.

Conforme á la regla de Reech, la velocidad alcanzada por un modelo de cualquier fuerza dada demostrará la velocidad que puede alcanzarse en un buque grande, cuya fuerza sea igual proporcionalmente á la de aquél, resultando en todos los casos la velocidad del buque grande tanto mayor que la del pequeño en proporción á la raíz cuadrada de las dimensiones aumentadas. De este modo, si tomamos como modelo un torpedero de primera clase, 110 pies de eslora, 12 de manga en la línea de flotación y 6 pies 3 pulgadas de calado, y 52 1/2 toneladas de desplazamiento, la velocidad, con 470 caballos de fuerza, será de 21 1/2 nudos; estos elementos nos servirán para deducir cuál sería la velocidad de un buque de igual forma y de igual fuerza proporcionada, pero de tres veces mayor tamaño en todos sentidos. Ese buque será de 330 pies de largo, 36 de ancho, y de 18 pies 9 pulgadas de calado, y su desplazamiento 3 3/4, ó sea 27 veces mayor, esto es, de 52 1/2 x 27 = 1.417 1/2 toneladas. Como quiera que cada 52 1/2 toneladas de desplazamiento necesitan tener 470 caballos de fuerza, la total estará representada por 470 x 27 = 12.690 caballos de fuerza. Entonces tendremos dos buques idénticos en todas sus condiciones, sin más diferencia que estar el uno construido sobre una escala tres veces mayor que la del otro.

Si bien la fuerza es exactamente proporcionada en ambos casos, la velocidad, sin embargo, no será la misma, sino que, por la ley de Reech, el buque mayor será tanto más rápido que el menor en la proporción de la raíz cuadrada de 1 á la raíz cuadrada de 3, ó sea 1.732 veces. Si, pues, la velocidad del buque más pequeño es 21 1/2 nudos, la del más grande será 21 1/2 x 1.732, ó sean 37.6 nudos por hora. Si tomamos el buque más grande cuatro veces mayor en tamaño que el más pequeño, la velocidad, con la misma fuerza proporcionada, será doble mayor: será de 21 1/2 x 2 = 43 1/2 nudos por hora. La fuerza necesaria para conseguir esta última velocidad será 4.8, ó sea 64 veces 470 = 80.080 caballos de fuerza. El desplazamiento del buque más grande será 4 x 52 1/2 = 3.360 toneladas, y el desplazamiento debido á la maquinaria será de 805.71 toneladas, tomando el peso á razón de 60 libras por cada caballo de fuerza, como en las máquinas de Thorneycroft. El número total de caballos de fuerza necesarios serán 470 x 4.4 = 80.080.

El desplazamiento será de 134.4 toneladas por un pie de calado. El peso de la maquinaria aumentará, por lo tanto, la inmersión en 5.9 pies; y si tomamos el peso del casco del buque como igual al peso de la maquinaria, el calado, con agua en las calderas, y el buque listo para hacerse á la mar, menos carbón y provisiones, será de 11.8 pies, quedando un saldo de 13.2 pies para carbón y provisiones. Si tomamos el consumo de combustible á razón de dos libras por caballo de fuerza ca la hora, el consumo de carbón será de 26.8 toneladas por hora para 80.080 caballos de fuerza; y si tomamos la velocidad del buque á 43 1/2 nudos por hora, igual á 49.4 millas, el tiempo necesario para un recorrido de 3.000 millas, será 3.000 ÷ 49.4 = 60.8 horas. El carbón de que necesitará proveerse será de 26.8 x 60.8 = 1.629.44 toneladas para consumo de todo el viaje.

Este peso del carbón hará sumergir al buque 12.12 pies, con lo cual su calado llegará á 23.92 pies, quedando disponible un hueco de más de 150 toneladas para provisiones y repuesto de carbón. El resultado de todo el cálculo sirve para demostrar que la velocidad de 43 nudos por hora es obtenible en un viaje trasatlántico con un buque de dimensiones moderadas y de construcción ligera, sin que el consumo de combustible llegue á ser desmesurado. Sólo resta, dice Mr. James C. Paulson en el *Engineer*, que aquellos que nieguen la exactitud del precedente cálculo demuestren en qué es erróneo, si es que pueden demostrarlo. En buques mercantes no se ha utilizado hasta ahora la condición de la ligereza para alcanzar grandes velocidades, y es de importancia que hoy sea tenida en cuenta esta condición esencial.

(The Scientific American.)

TOROS.

Al salir de la plaza el otro día, y al pie de la meseta que hay debajo del palco donde luce su persona y su sal la presidencia, me encontré unos papeles recosidos en forma de carpeta que guardé con cuidado en el bolsillo para buscar al dueño de la prenda y entregársela al punto, confiando que al ver tanta decencia me daría de fijo, á ser posible, una plaza en Consumos tanquierra. Pero el hombre propone, y el destino hace luego cambiar las contingencias, sin que sea posible al ciudadano, que es frígil, como todo, en esta tierra, torcer su rumbo, ni alterar su marcha al caminar por la tortuosa senda que para su tormento y su calvario al nacer le trazó la Providencia. Acojorada el alma y la persona con tanta y tan ta pena como sufrim todos aquel día

por mor de los sujetos de coleta, y una vez terminados mis quehaceres embéime de golpe en una juerga que tuvimos en Fornos seis amigos, personas de prestigio y de vergüenza, que al ver rodar el arte por los suelos y la sangre torera sin pechos que alentar, determinamos jacerle la exequias y llorar reunidos y compactos el actual esplendor de nuestra fiesta. Se brindó por Romero y Costillares, que son á modo así de los profetas y más que las huris resplandecientes de los moros de puntas y coleta; hablóse mucho de toreo antiguo, de la escuela rondeña, de lo que eran los toros endenantes, y al terminar la cena un amigo de nobles sentimientos, y artista de italiano por más señas, al pensar lo que fueron sus mayores, y cansado de ver tanto maleta, se quería morir cantando á voces lo mismo que aquel chico de *Lucevicio* que se mató una noche de improviso al ver á su mamá tan indiscreta.

Pero volvamos á coger el hilo, ya que por él se da con la madeja, y la historia tendréis de aquel librito que encontré, como dije, en la meseta.

Es el caso que estando allí en confianza, y ya de sobremesa, les conté lo ocurrido, y todos ellos exclamaron á coro:—¡Que se vea! Fuí débil, lo confieso; metí mano, tiré de faltriquera, sacamos los papeles con cuidado, cogimos en un clavo la vergüenza, y roto el envoltorio, vislumbramos á la luz de una pobre candileja, manuscrito, y en gruesos caracteres, este título escrito en la cubierta: «Si este libro se perdiera, como suele suceder, que se le den á un tal Pedro, natural de Santander.»

Hubo quien se quedó viendo visiones, con la boca entreabierta, al leer los renglones supradichos; pero pasada la primer sospecha, el título del libro examinamos, el cual decía así letra por letra: «Arte de presidir corridas bravas, para tiempo de ferias.»

«Este manual sencillo y elegante, arreglado en preguntas y respuestas, le ha sacado el autor en pocas noches de la propia cabeza, y contiene un estudio detallado de unas cuantas materias, como son: las nociones generales del arte sacrosanto de la brega, historia del ganado y sus familias, traje que debe usar la presidencia, orden y dirección de las corridas, derechos y deberes de la empresa y por fin un estudio psicológico de lo que es el país ó plebe honesta, es decir, el que paga siempre el pato en los lances que ocurran en la fiesta.»

Luego en la primer hoja dice el autor, entrando ya en materia y siguiendo su plan preconcebido:

«P.—¿Qué es presidir? R.—Jacer lo que uno quiera, que para eso es usia subteniente y director, en fin, de la tragedia.»

P.—¿Qué terno ha de lucir el presidente? R.—Procurará exhibirse con modestia, y aunque algunos autores ya anticuados recomendaban siempre la chistera, yo creo suficiente y muy del caso una gorra de seda, que no en vano los tiempos adelantan, los siglos corren y las gentes vuelan.

P.—¿Qué se hace si un día, por ejemplo, la luz nos falta y vienen las tinieblas? R.—Entonces es seguro que se lidie á la luz de las pálidas estrellas; y si la noche fuese muy oscura y el toro no se viera, se le mata de un golpe *iznominoso*, cuando esté entre barreras.

P.—Si un muchacho que pone banderillas, y no es sobresaliente tanquierra, quiere matar un toro de cuidado, ¿qué haría en tales casos cualesquiera? R.—Pues dejar que le mate, porque al pueblo, que paga treinta reales por barrera, lo mismo le da ver á *Lagartijo* estoqueando bichos, que á Juan Breva, y el cartel es un mito y otro mito quien esto no mantenga.

P.—Si después de cogido algún espada, llega un momento dado, *berri grecia*, en que no hay matadores en el ruedo por haberlos llamado á la platea, ¿qué debe hacer entonces el usía? R.—Pues ordenar que la otra fierá salga; y si es que por estar allá en la arena solos y abandonados los piqueros los convitiese en pasta de jalea,

esto no importa nada, pues de fijo se callan las naciones extranjeras.

P.—¿Y si algún presidente de este mundo sigue al pie de la letra las máximas que dejó consignadas en la anterior novela, no es digno de que alguno le aconseje que se corte de un golpe la coleta y nos deje con Dios y con los santos y se vaya á ver toros á Trasmiera? R.—¡Pa contestar á esta postrer pregunta doctores tiene nuestra Santa Iglesia!

Nota: si alguno de ustedes sabe el nombre del autor, pueden decirle, si gustan, en la misma redacción y... ¡Calle! las cuatro en punto han dado por mi reloj. —Cada primo á su barrera. —Hasta luego. —Servidor.

Con lágrimas en los ojos empezamos á escribir. ¡Dios mío qué *indiznidades* ha presenciado el país! Cuando pasen á la historia los datos de esta función, dirá el cronista asustado: «¿Quién sería aquel Mazón?»

Hizo el despejo ese caballero que, á juzgar por sus aficiones, va para alguacil en efectivo, y salieron detrás las cuadrillas del Gallo y del Frascuelo, aquel que tanto gusto dió á los señores la pasada tarde.

Sonó por fin el pito y apareció ZORRITO.

Retinto, listón y bien puesto de armadura. Salió abanto y concluyó de najencia. Para confiar al bicho, que era de suyo cobardón y receloso, los caballeros de punto le picaban con preferencia en la tripa é islas adyacentes.

Dos varas puso Bartolesi en las supradichas regiones, y dos el *Sastre* á cambio de una caída que se debió oír á cierta distancia; parecía que había fuego en la casa y que tiraban el piano por la ventana. Al primer piquero se le coló suelto el torete en cierto momento cornamental.

Medio par al cuarteo dejó el *Regaterín*, repitiendo en su turno con dos palitos á la media vuelta. Eusebio Martínez cogió un par al cuarteo y no del todo malo por cierto. El de Bañuelos, que en este tercio se tapaba y ganaba terreno á los chicos, hizo seriamente una exposición de su credo político declarándose buey con reservas mentales.

Sustituyendo á Juan Ruiz, cogió los trastos el Gallo, y decía una señora: —¡Dios quiera que cantes claro!

Y en efecto que cantó, porque después de torear como la ciencia manda, con seis pases altos, uno natural y otro con la derecha, se arrancó á matar desde largo y estando el toro fuera de suerte, pero teniendo la fortuna de largar una hasta la mano, que resultó de las de superior calibre. Palmas á Fernando. Vestía el matador de azul y plata.

PEINADOR, ó segunda lagartesa que ayer nos dió la empresa.

Retinto, bien armado y de muchos pies. A un caballero que estaba á mi lado se le antojó que los traía de repetición.

Con tres verónicas, dos de farol y tres buenos gallos, obsequió Frascuelo al agraciado y ya joven mozo.

Cuatro picotazos de refilón aguantó el Peinador del *Sastre* y Bartolesi, de los cuales correspondieron tres al primero y uno al segundo de dichos señores.

Rico sale de estampía y cuegla un par en la trasparente atmósfera; después alcanza al toro con 0.50 céntimos de idém. Galindo cumple con dos buenos pares, al cuarteo el primero, y á la media vuelta el segundo.

Dos naturales, siete altos, seis de telón y dos cambios, amenizado todo ello con un pinchazo en hueso y á un golletazo, con lo cual Frascuelo dió fin con el toro y con la corrida que nos ha dado la empresa.

Retinto, corto y apretao de cuerna, fué el toro que asomó por la poterna.

Cuatro varas del *Sastre* y cuatro de Bartolesi persuadieron á *Lagartijo* de lo fugitivos que son los placeres de este mundo, y de que más vale ser buen buey que mal toro, según sostiene un amigo mío que lleva ya cinco años de filosofía con vistas á bachiller del reino.

El toro se coló al callejón, y á poco si se cená á un caballero que *debutó* de oblea acojorada.

Hay quien asegura que á la hora en que trazamos estas cuartillas casi se le ha pasado el susto.

Yo creo, dicho sea con perdón del señor presidente, que entre barreras no debían estar más que los empleados. Tal vez esté yo en un error, porque lo cierto es que la plebmulta decimos mil inconveniencias; dispensar si he faltao.

Dos pares de cuarteo dejó el *Ojitos*, y el *Jaro*, en igual forma, dos palitos. El Gallo preparó á su enemigo con once altos, cinco de telón, cuatro cambiados, uno de éstos muy bueno, y arremató con dos pinchazos bien señalados, aunque tirándose de largo, y una estocada al volapié muy buena, que hizo innecesaria la puntilla.

Y decía una barbaana palpitando de emoción: —Usted no es el Gallo Chico; es el Gallo é la Pasión.

JITANO llamaban al cuarto morucho, que pesaba poco y corría mucho. Frascuelo quería pararle los pies, y el toro decía: —Veremos después.

El novillo resultó muy sentido, al hierro, por más que tenía alguna voluntad, como así lo demostró en cuatro varas de Bartolesi y en tres de Juan Calderón.

Don Pedro de Mazón, que presidía en plena función, ordenó el cambio de la suerte, precisamente en los momentos en que el *Jitano* comenzaba á recordar, aunque vagamente, que había nacido para toro de solemnidad, y con este motivo se armó un tumulto que desde la gloriosa acá no se ha visto otro más gordo.

Todos gritaban á un tiempo ó en varios tiempos, según el calibre de los pulmones del interesado.

La plaza era un puro pito, si se me permite la frase.

Algunos caballeros, cansados ya de pitar, por el sistema antiguo, se chupaban el dedo á ver si sonaba por una casualidad.

En medio de aquel estruendo, salieron á pelear el *Moños* y *Manolin*, y entonces varios, que al pronto parecían personas, se pusieron á tirar al ruedo botellas y algunas otras frioleras, por no tener sin duda á la mano una carreta ó cosa así para ejercitar sus fuerzas.

Otros pedían caballos. Otros música.

Algunos cinco pesetas para un pronto. Entre tanto, en los tendidos de sol se armó una sinfonía de bofetadas sobre motivos del *modus vivendi*. El Gallo voló tres veces á la presidencia.

El Sr. Mazón hablaba al matador con sombrero puesto, y entonces pidieron varios señores que se descubriera, como así, obedientemente, lo hizo; con menos motivos han dado hoy á algunos niños unos estandartes muy monos por cierto.

Después de todo esto, y como si el toro tuviera la culpa de todo aquello, es decir, como si el toro fuera el presidente y viceversa, ordenó D. Pedro que el bicho fuera al corral y salieran los cabestros; y el toro, en efecto, no se fué, y tocó la música de Ingenieros, y luego la mandaron callar, y después *Galindo* y *Ojitos* colgaron tres pares al toro, y luego le mató Frascuelo de un bajonazo al pelo, y luego no sabemos si seguirá todavía el jaleo, y luego...

¡Adiós, Perico, cuando mates el gallo guárdame el pico!!!

CAPUCHINO, retinto, era el nombre y el pelo del quinto.

Gallo se cambió de rodillas, muy fresco y muy bien.

Olé, Fernando.

Dos varas de Bartolesi y tres de Calderón fueron lo suficiente para que el bicho, que era blando y gnasón, volviera la cara y salieran á pelear *Ojitos*, que cogió un buen par al cuarteo y otro á la media vuelta, y el *Jaro*, que cumplió con un palito á la media vuelta.

El toro, que se quedaba en el tercio anterior, llegó á la muerte desparramando la vista y huyendo hasta de su propia estampa.

El Gallo le despachó de un mete y saca en la región que nosotros llamamos de las alubias y demás comestibles.

Lo cierto es que el buey ni merecía ni admitía tampoco otro género de muerte.

VENADITO salió en sexto lugar; era un bicho más feo que un seglar; muy alto de pitones y negro del sombrero á los calzones.

Dos puyazos muy buenos recibió de Juan Calderón, que sufrió una caída al descubierto, y en la que, gracias al oportuno capote de Galindo, nos libramos de ver un desavío. Palmas al chico.

Tres varas más aceptó la fierá (es un decir), de las cuales dos procedieron de Bartolesi y una de Miguelito.

Dos buenos pares de zarcillos dejó el *Moños* al cuarteo, y uno *Manolin* en la misma forma, Palmas.

Ocho pases altos, dos naturales, uno con la derecha y dos de telón, precedieron á un pinchazo en hueso y á un golletazo, con lo cual Frascuelo dió fin con el toro y con la corrida que nos ha dado la empresa.

Resumen.

La empresa, como he dicho... dándonosla. El ganado muy malo, excepto dos toros, que han sido peores.

El Gallo, bueno en la brega y bastante bien en la muerte de sus toros.

Frascuelo, trabajador y bien con el capote.

De los picadores, Calderón en dos varas. De los banderilleros, el *Moños* con los palos y *Galindo* y *Ojitos* en la brega.

Caballos muertos, 0.75.

El presidente debe dedicarse á la vida pacífica del hogar. Cuando no se sabe hacer una cosa, no se hace, ó resulta que se hace mal, como, por ejemplo, esta revista que escribo de prisa y corriendo para irme á las ferias, pues aunque no soy presidente ni nada, al menos soy de Dios.

Conque, D. Pedro, á ver cuándo nos da Vd. ese buen día.

Hasta el 15.

CERTILLA.